

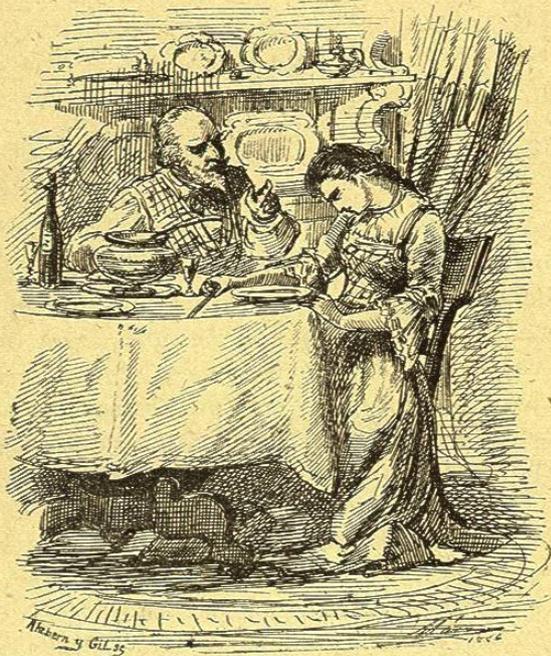
castidad conyugal. ¿Debia perdonar este engaño? No, puesto que no debia olvidarlo. Y además, no podia tampoco, á pesar de los esfuerzos de abnegacion en los cuales mi razon no habia podido quebrantarse, porque la naturaleza no habia querido. Dios no podia hacer el milagro que yo le habia pedido, porque Dios no comete jamás insensateces.

## XLII

**V**OLVÍ á encontrár la calma; volví á comer en compañía de mi mujer. Hablábale yo con una dulzura mucho mayor aun que de costumbre. Ella me habia creído enfermo, decia, y habia estado intranquila por ello. ¿Podia yo esplicarle las lágrimas y suspiros que se me habian escapado en sus brazos? No podia por cierto, sin mentir. Yo no queria mentir por más tiempo; no queria hablar más. ¿No podíamos, pues, entendernos sin entrar en explicaciones odiosas?

—Estad segura, le decia, que si tengo yo algun grave pesar, lo cual es siempre posible en la vida de quien quiera que sea, me haré superior á él para que no os sea insoportable. Os pido únicamente que os abstengais de interrogarme cuando me veais sufrir, sin temer nunca nada de parte mia. Vivid así todo lo feliz que os sea posible, sin mirarme jamás con ese aire espantado que me ofende. Si vos teneis, por vuestra parte, algun pesar secreto, no lo enveneneis con temores inútiles. Yo quedo encargado de velar por vuestra reputacion, por vuestra seguridad y vuestra independenciam. Ninguna catástrofe ni lucha alguna os amenazan actualmente. En lo sucesivo no tendré más que una preocupacion, y es ésta: el restablecimiento definitivo de vues-

tra salud, la dignidad y la tranquilidad de vuestra vida; yo os lo he probado, y os lo probaré continuamente; y, por mucho que me cueste, ello será mi supremo consuelo en cuantas pruebas puedan sobrevenir.



Escuchábame ella en silencio, con la cabeza baja. Estábamos en la mesa, el puchero hervía en el hogar. Levantóse ella y me sirvió el café. Sus manos no temblaban y eran todos sus movimientos sueltos y libres, con la mirada altiva y fría. Hubiérale parecido á cualquier otro que no fuese yo, que no había comprendido; pero léjos de eso, quedé admirado de su

aparente tranquilidad. ¿Estaría ofendida de mi dulzura? ¿Había estado yo demasiado explícito? No era necesario serlo mucho, porque no osaba ella revindicar el amor.

Pasábamos siempre juntos las veladas; leíale yo algún libro cuando me lo pedía. Fué ésta una de las noches que me lo pidió, rogándole yo por mi parte que escogiera ella misma el libro. Trájome por su mano *las Afinidades eléctricas* de Goethe, y empecé á leer, temiendo algún motivo de discusión conducido por las originalidades de semejante lectura; pero noté bien pronto que, por cierto, no me escuchaba. Había tomado su aguja, pero no porque le sirviera para nada. Tenía los ojos fijos en la mesa, acabando por cerrarlos y quedarse dormida.

Era propensa, como todas las personas activas que se levantan con el día, á esas lasitudes instantáneas. Fuí bajando poco á poco la voz, cerrando luego el libro y quedé contemplándola. Estaba pálida, pero dormía con una respiración uniforme, y estuvo descansando así cerca de una hora, sin hacer el menor movimiento. Su pulso era tranquilo, y solamente un poco débil cuando se desveló.

—¡Cómo! ¿Me creéis enferma tal vez? me dijo, pero estoy muy bien.

—No; pero será necesario reforzaros con tónicos durante unos días. No estais tan fuerte como de costumbre.

—Conoceis muy poco las cosas, repuso con cierta brusquedad; nunca me he sentido mejor que ahora. Tengo necesidad de descansar, y es esto todo. Permitidme que me retire.

Arregló sus trabajos con el mayor cuidado, habló con los criados dándoles sus órdenes para el día siguiente, según tenía por costumbre, volviendo luego para cerrar los postigos de la sala. Jamás le había permitido este trabajo. Se lo impedí naturalmente, diciéndole que no tenía necesidad de recordarme la hora.

—¡Bah! me contestó con singular acritud, ¿es que os molesta,

cuidar de estos detalles? Idos á trabajar allí, á lo alto, estoy segura de que hace mucho tiempo que quisierais estar solo.

—¿Qué os pasa, Felicia? le dije yo tomándole la mano. ¿Os he manifestado algun cansancio por vuestra compañía, alguna impaciencia por retirarme?

—No, contestó ella con creciente amargura. ¡Me he equivocado! ¿Sois vos quien llevais siempre la razon, no es eso?

Retiróse despues de pronunciar estas palabras tan crudas como profundamente injustas, de manera que el estupor me privó de insistir para saber lo que pasaba por ella.

Al poco rato, temiendo que estuviese enferma, fuí á llamar á la puerta de su cuarto; estaba cerrada.

—Dejadme descansar, dijo; nada tengo, como no sea sueño. ¿Qué tiene eso de extraño?

Así rechazaba ella mi amistad reconociendo que ya no poseia mi amor. Debia atenerme á eso tratándose de un carácter tambien tirante, y sin embargo, quedé altamente sorprendido. Creia yo merecer mayor atencion, si no más reconocimiento. ¿Iba naciendo el odio en aquel corazon tumultuoso que no sabia á la verdad enternecerse ni anegarse?

Subí á mi cuarto dejando las puertas abiertas, á fin de poder socorrerla si su despecho venia á parar en una crisis de dolor ó de sufrimiento. Abrí como siempre muchos libros sobre la mesa, á fin de parecer muy ocupado y tranquilo, si se me venia á sorprender. Era este un papel estudiado desde hacia tres meses, porque yo, en realidad, no trabajaba, puesto que me hubiera sido imposible. Pasábame las horas de las veladas y de buena parte de las noches, meditando dolorosamente sobre la vigilia y el mañana.

Estaba, pues, muy atento á cuanto pasaba en la casa. Oí

á los criados cerrar las puertas bajas y retirarse á sus cuartos. Felicia se fué luego al suyo y vino el silencio. En las personas nerviosas y casi en todas las mujeres, la fatiga se manifiesta por la agitacion. Sin duda al ver mis lágrimas habia producido en Felicia una profunda agitacion. Ella debió llorar tambien; estaba quebrantada. Despues de una noche completa de sueño, porque parecia estar durmiendo, debia forzosamente resultar más tranquila y reposada; y si era preciso llegar á una explicacion, debia encontrarla mejor dispuesta á hacerme justicia.

Durante esta esperanza un tanto vaga, yo mismo herido y careciendo de la fuerza necesaria á comentar la actitud inúcuamente absurda que ella parecia querer tomar, amodorréme de codos sobre la mesa. No queria de ninguna manera acostarme sin asegurar antes por medio de una espera racional que podia dormirme sin temor.

A poco volví otra vez en mí, gracias á los sonidos del violin. Felicia estaba tocando el aria que me habia cantado por la mañana. Empezaba á tocar con la pureza y agilidad que caracterizaban su notable estilo. Luego, súbitamente, desnaturalizando la melodía, y atacando precipitada no sé qué otra idea, perdíase en una multitud de divagaciones penosas. Habia momentos en que parecia querer recordar en vano el motivo encontrado durante el dia, y en otros parecia querer lanzarlo de sí desdeñosamente, queriendo verter un orden de sentimientos contrarios del todo. Mi imaginacion sobrecitada hubiera podido interpretar aquellas divagaciones musicales como una especie de relato simbólico que quisiera hacerme ella de sus tribulaciones, de su caida y de su desesperacion; pero yo buscaba en vano en ello la verdadera nota del dolor, porque no estaba. Mejor era de cólera; sus lamentos parecian una maldicion. Aquella voz áspera del violin restregado y fustigado por el trémulo arco, me hacia un daño horrible. Creo que

hubiera preferido á ello las más atroces palabras. Felicia desplegaba una habilidad de ejecucion que aún no le conocia; pero sentia que su espíritu era impotente á producir una emocion sana. Su música estaba loca, sus ideas chocábanse de incomprensible manera como si hubiesen encerrado la idea ó la intención de hacer sufrir sin confesarse vencida por el sufrimiento.

Por fin, lo fué, no obstante, porque tiró bruscamente el violín, pareciéndome que se rompió al caer. Yo ví, sobre la espesura de los árboles, en frente de la casa, atravesar el reflejo de una luz que cambiaba de lugar dentro de su cuarto; pero Felicia andaba sin hacer el menor ruido, como una sombra.

Una grave inquietud se apoderó de mí. Preguntábame si aquel canto raro, en medio de la noche, era un grito de rebelion ó un adiós desatinado. ¿Iba ella á intentar una huida para reunirse con Tonino? Pero Tonino ya no gustaba de ella; estaba cierto. ¿Se haria ella la ilusion, en medio de su disgusto, ó pretendia por algun procedimiento extremo, obligarle aún á fingir una pasion que no turbara su reposo doméstico?

Bajé sin hacer ruido la escalera, y en medio de la oscuridad, sentéme sobre el último escalon junto á su puerta. No podia ella hacer un movimiento ni dar un paso sin que yo me enterase. De ninguna manera queria yo dejarla correr á la vergüenza de su perdicion. Rechazada por Vanina, abandonada por Tonino, no podia encontrar refugio sino en el suicidio, porque yo no me sentia bastante fuerte para tolerar nuevos extravíos.

Parecíame oír el chisporroteo del fuego en su chimenea. Me adelanté hasta el balcon, y ví en efecto una línea de humo sobre el fondo clarísimo y estrellado del cielo. Quemaba ella indudablemente algunos papeles, porque estábamos en pleno verano, y á menos de estar enferma, no podia sentir necesidad ni deseo de calentarse. Un soplo de aire que llevó hasta

mí, parte de aquel humo, me hizo sentir un olor acre, que no era por cierto de papel quemado, pareciendo mejor de lienzo ardiendo. Acerquéme á su puerta, oíla abrir el cerrojo como si se dispusiera á salir. No queriendo que su huida, si lo habia resuelto, llegara ni aun al principio de su ejecucion, hice algun ruido con los piés para advertirla de mi presencia, y le hablé al través de la puerta cerrada todavía, para preguntarle si estaba enferma.

—No, respondió con acento resuelto; ¡entrad si quereis!

—¿Cómo no dormís todavía? la pregunté entrando. Es necesario que sufrais mucho, puesto que al retiraros habeis manifestado deseos de dormir.

—Nada sufro, dijo ella, ya lo sabeis; habeis debido oír que os daba una serenata, porque no os habiais acostado.

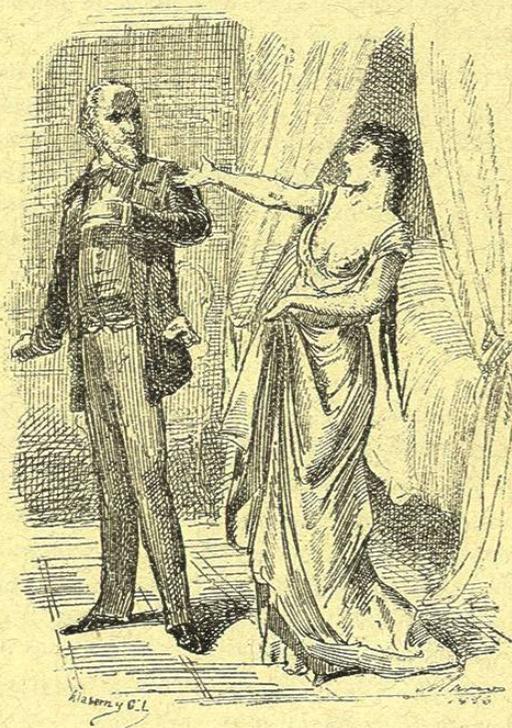
—Estaba intranquilo por vos. Nos separamos anoche como no nos habíamos separado nunca; vos me retirasteis friamente la mano, pareciendo irritada. Si os he ofendido, sabed que no he abrigado contra vos la menor intención de crueldad. Os lo juro. ¿No me lo creéis?

—¡Sylvestre! exclamó ella con severo y áspero acento, podeis jurar cuanto gustéis que yo no he de creerlos, porque me aborreceis hasta tal punto, que habeis querido no hace mucho quitaros la vida. ¡Mostradme vuestro pecho! ¡Ah! ¡veis cómo no quereis! Ahora bien, yo no sé si estais ligera ó profundamente herido. Creo que no es ello peligroso, porque os estoy viendo, pero sé que es sério; sé el pesar que es preciso sentir para desgarrarse como lo habeis hecho. ¡Ved! acababa de quemar vuestra camisa que habeis tirado al entrar en vuestro cuarto, sin preocuparos de lo que los criados podrian pensar de aquellas horribles manchas de sangre. La casualidad ha hecho que diera con eso, y me he caído como muerta, no comprendiendo nada, y creyendo al fin que habia álguien intentado asesinaros, y volviendo en mí, he retrocedido hasta

vuestra desesperacion de esta mañana. Habiais cedido á mis caricias por un resto de amor, ó al deseo del hombre que se encuentra triste y solo por largo tiempo, y luego, enseguida, el horror hácia mí ha reaparecido en vos; y como una especie de locura ó santidad de que sois víctima, habeis desgarrado vuestro pecho para castigar el corazon que encierra, por haber latido por mí algunos instantes! Estais persuadido de que soy un mónstruo á vuestros ojos, y que hariais mejor abandonándome, ó agobiándome á fuerza de injurias, que dejándome ver y adivinar el mal que os estoy haciendo viviendo á vuestro lado. Dejad, pues, que me vaya. No puedo estar más aquí donde seria despreciada de todos, porque vuestro disgusto es evidente. No hay quien no me pregunte cómo habeis cambiado y envejecido tanto. ¿No habeis echado de ver por ventura que en solos dos meses se han vuelto grises vuestros cabellos? Y esta camisa desgarrada y manchada de sangre que yo he hecho desaparecer, ¿cómo hubiera podido justificarse? ¿Creeis que la partida de Tonino no ha dado que hablar? ¿Os imaginais, sin duda, haber obrado prudentemente? Habia que hacer algo mejor que esto. Era preciso hacer justicia, la justicia del que ama. Habia que matar á aquel miserable á quien odio, odiaré y he odiado siempre tal vez, y despues de haberos vengado, debiais derribarme, pisotearme y escupirme á la cara; despues de lo cual me hubierais perdonado, y me amariais ahora tanto como antes de haberos faltado; mientras que con vuestra paciencia y vuestra virtud no os habeis desahogado (*sfogato*), y conservais en vuestro corazon un resentimiento que os sofoca y que no desaparecerá jamás. Esto que os digo, os admira sin duda, y me encontrais salvaje. Pues bien, vos no lo sois, en verdad, lo cual quiere decir que no amais, porque el amor es salvaje, y quererle moralizar, es no comprenderlo ni haberlo sentido jamás.

Continuó hablando largo tiempo en italiano en el mismo

tono de reconvenccion é invectiva, tildando mi conducta, desconociendo ó desdeñando mi carácter, pintando el amor del que queria ser ella el abogado ó la sacerdotisa, entre mil expresivas frases llenas de cinismo y poesía vulgar, al estilo de Tonino. Que ella pertenecia á su escuela despues de haber sido la *escuela* de él. La corrupcion de costumbres habia pro-



ducido sus frutos, se habia enseñoreado de aquel corazon, el cual estaba gangrenado, pervertido, siendo monstruosamente ingrato. De un alma generosa, de una cabeza inteligente, de

una vida de fuerza, de reconocimiento, de trabajo y de continuo sacrificio, no quedaba ya más que la vanidad femenina irritada y los deseos malditos sin objeto determinado, pues que estaba destinado su futuro á quien se lo quisiera tomar.

Yo escuchaba silencioso y atontado. El desprecio se habia apoderado de mí y pesaba sobre mí como una masa de hielo. La contemplaba y la hallaba fea en medio de su belleza flaca y ardorosa. Medio desnuda á mis ojos, no se preocupaba de cubrirse, y aquella desnudez me hacia el efecto, á mí, su marido, de algo vergonzoso. La compasion me habia abandonado. No era ella para ya entonces, mi pupila, ni mi protegida; se me antojaba una antigua querida que me hubiese dejado por capricho, que volviese á mí por despecho, y que aquella galantería malsana me encontraba despegado é indiferente.

No alcanzaba á contestarle una sola palabra; el despecho es mudo; no logra velar el disgusto ni la cólera. No habia ya lenguaje posible entre nosotros. No nos hubiéramos comprendido.

Levantéme para dejarla.

—Esto es, dijo ella exasperada; que ¿lo mismo os importa que me vaya ó me quede?

—Os prohibo que partais, respondiéndole friamente.

—¿Empleareis la fuerza para privármelo? ¡Vamos á ver!

—¡Jamás pondré mis manos sobre vos! Llamaré á cuantas personas os sean más adictas, les probaré que estais loca, y ellas os impedirán de correr á vuestra deshonra.

—¿Y me mandareis encerrar?

—Os encerraré si es necesario.

—¿En una casa de locos?

—En vuestra propia casa. Sois aún bastante rica para estar bien guardada y bien cuidada.

—Y vos permaneceréis aquí como principal carcelero.

—Permaneceré en el lugar que me corresponde.

—¿Diez años, veinte?...

—Toda la vida si es necesario.

—¿Y si llega mi locura á ser furiosa?

—No siendo yo loco ni furioso, haré que se os trate con inalterable dulzura.

Ella rompió á reír. Aquella risa horrible penetró en mi corazón como una herida mortal, la última. Palpitó un instante bajo el dolor, y se extinguió.

—No quiero partir, repuso Felicia con espantosa tranquilidad. No teneis necesidad de tanta virtud. ¿Es decir que vais á vigilarme?

—Ya sé yo que esto seria inútil, si estabais bien resuelta á huir; pero seria siempre facilísimo el reunirosme, y el llevaros de nuevo, puesto que sé donde iriais.

Lanzóse ella entonces sobre mí, y cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Sylvestre! una palabra de cólera, te conjuro; una sola palabra de odio contra Tonino y de celos contra mí! ¡sé hombre! ¡maldice á tu rival y mata á tu mujer! Entonces creeré que me amas, y te adoraré.

—No me adoreis, le dije; me seria imposible devolveros lo que me dariais.

La dejé así. La medida se habia colmado. Al dia siguiente la encontré levantada, cuidadosa, activa, y como extraña al drama de aquella noche horrible. Tenia toda su presencia de ánimo natural; daba disposiciones y trabajaba, ó regañaba; estaba á veces amable con todos, y conmigo, delante de ellos, casi alegre. ¿Pensaria en mis amenazas, y queria mostrarme que no seria muy fácil hacerla pasar por loca, si emprendia la huida? Agitóme esta debilidad. Sabia ella que yo no la habia de acusar jamás de culpable ante un tribunal. ¿Iba á trabajar

para hacérseme odiosa, ó á hacer que, á pesar mio, acabara con mi paciencia y me pervirtiera?

Crearme obstáculos y dificultades era su último recurso.

Probó y resbaló. Yo me habia encerrado dentro una cortesanía deferente é inexpugnable. El saber vivir es una fortaleza, de la cual las personas mal educadas desconocen la solidez. Felicia resultó vencida, y á cada momento quebrantada por mi paciencia á toda prueba. ¡Ah! no tenia yo el menor mérito. Nada que viniese de ella podia ofenderme ni hacerme la menor impresion. Ya no la amaba.

Y sin embargo, aceptaba un trabajo de abnegacion que podia absorber el resto de mi vida. Yo no podia ni queria olvidar que Juan Morgeron me habia, con su confianza y lealtad, legado aquella tarea en la cual me habia dado tan noble ejemplo. Felicia me habia amado todo lo que ella podia amar. Su afecion me habia rejuvenecido y embriagado por algun tiempo; yo habia pasado, gracias á ella, dos años de felicidad, ilusoria en realidad, pero positiva para mí, porque habia creído. Además, me habia asociado á una vida de bienestar en la cual no probé jamás inútilmente el deseo, pero que me habia hecho tan dulce como honrada en apariencia. Todo esto estaba gastado y amancillado; pero obligándome ante Dios y ante los hombres á aceptar y guardar aquello en que yo creia ver un honor y un bien, el amor y los deseos de aquella mujer, habia yo perdido, al parecer, el derecho de proclamar que era aquello un mal y una vergüenza. No podia comprobarlo sino en secreto; decírselo á ella misma, no hubiera hecho sino exasperar la crudeza de mi situacion.

Mi enlace con ella habia sido un error de mi juicio, una locura, ó una sutileza, para hablar el lenguaje de la vida práctica. Era preciso saber sufrir las consecuencias de sus propias faltas; y, cuando no tiene uno que reprocharse más que un exceso de candor y de probidad, se sufren tales decepciones

sin mucha amargura, puesto que uno no puede sonrojarse ante sí mismo.

Yo habia ido aún más léjos en mi ceguedad. Me habia interesado por Tonino creyendo en su sinceridad. Yo le habia hecho volver al redil. Me habia entregado atado de manos y piés, á aquel salteador de caminos, que, como Don Quijote, habia tenido la ridícula esperanza de realzar y purificar. Ocupada mi imaginacion por ese tipo del ideal caballeresco, reconocia que era él más grande que yo; porque yo habia abierto los ojos y él no, llevando su quimera hasta la muerte: sublimidad tanto más tierna cuanto más inútil. Yo no era realmente menos loco incurable que santo absoluto. Era hombre, y no queria dejar de serlo. Si la paciencia me parecia siempre un deber, la altivez anticipada se me antojaba un deber harto serio. Ni venganza ni debilidad; hé aquí el círculo dentro del cual me habia encerrado.

Sintiéndome más fuerte que ella, gracias á lo que llamaba ella mi inercia, Felicia renunció muy pronto á la idea de luchar. Temia, por otra parte, mucho el escándalo, y cuando se habia envanecido conmigo, como he dicho, de no hacer el menor caso de la opinion, se estaba mintiendo á sí misma. Cuando ella vió que á pesar de sus previsiones, ninguno de nuestros disgustos domésticos se hacia público, hizo todo lo posible por parecer dichosa y me agradeció la deferencia de mi actitud ante ella; pero el mal era demasiado profundo para ser curado por el tratamiento normal que dicta la lógica comun.

El disgusto se habia enseñoreado de Felicia, y el deseo de escapar á aquel sufrimiento intolerable por ella, se manifestaba violentamente. Volvió de nuevo á manifestar por mí una pasion loca, imponiéndome el suplicio de luchar contra sus reproches, sus injurias y sus llantos.

Mi vida se trocó en un infierno, y sentia por momentos tur-

barse mi razon; pero yo vencí al infierno y sus lavas. Púseme á trabajar seriamente para instruirme por mi propio bien, levantando mi carácter con los sanos alimentos del espíritu. No cesaba por eso de velar por mi desdichada compañera; la cuidaba como á una enferma, asídua y concienzudamente, y con alternativas de indulgencia y severidad, segun yo apreciaba la oportunidad de uno ú otro método. Tenia á veces necesidad de que se la regañara como á un niño, para evitar que se exasperara. Otras veces, habia necesidad de dejar que pasara la crisis. Con estos paliativos íbamos ganando tiempo. Yo esperaba de contínuo que el tiempo, es decir, la edad, traería la calma. Pasóse así un año.

## XLIII

**C**UARTO dia, me pareció verla sombría y distraida; al dia siguiente y el subsiguiente, me lo pareció aún más. Ella estaba, sin embargo, bien, relativamente. Propúsele una excursion para distraerla, y, contra mis esperanzas, aceptó la proposición sin discutirla. Partimos, pues, en un calesin, con un solo criado que gobernaba un buen caballo. Descendimos por la vertiente de los Alpes italianos. Continuó ella triste y absorta, pero más suave, y despues de tres dias de paseo sin fatiga y sin emocion, volvió á casa sin placer ni disgusto aparentes. Recogióse temprano al estar de vuelta, sin que nada pudiera ponerme en cuidado. Yo me acosté igualmente en el cuarto situado sobre el suyo. Era la casa alta y estrecha, y distribuida de manera que nuestros cuartos no podian estar contiguos.

Hacia algun tiempo que su humor distraido y fantástico no me habia dejado la menor tregua, así fué que me dormí profundamente aquella noche.

Por la mañana, cuando el primer rayo de sol vino á blanquear las cortinas de mi alcoba, levantéme segun tenia por costumbre.